

Documentos

Rafael Tomero Alarcón

Fueron dos las notas del silencio

(Bajo el sol azul del sacrificio)

Al filo de la Sierra

Era un sol zenital de justicia, la luz que ciega y deja a los cuerpos sin sombra ajusticiando desde lo alto a los justos, ofreciendo a los dioses del mal corazones desnudos, tibios, todavía latiendo, separados de sus cuerpos por la piedad que entraña toda ofrenda. Unas veces será la violencia de los hombres de mala voluntad, otras la buena fe, la inercia, la tolerancia o la intolerancia, ¡vaya usted a saber!, el resultado a veces es el mismo cuando todo cabe en la simple inversión de los factores. Allí donde el pensamiento se retira se impone el pavoroso sino de las técnicas. Hace poco refería un periódico en su sección científica que esta mermando el cerebro del hombre. Dominada la naturaleza se va aclimatando a ella, pareciéndose a ella, sobre todo en su violencia, sembrando la inclemencia y el terror arbitrarios para encauzar equilibrios biológicos y ecológicos. La violencia de las pasiones humanas, colectivas o individuales, tal vez no sea más que eso, naturaleza sin más, o quizá más por la naturaleza bárbara de la técnica que dijera Ortega y Gasset. Y la tolerancia sólo no es suficiente para domeñarla, dejó escrito Zambrano. Y la diosa razón terminó en lo que termina toda ortodoxia a ultranza: en la sinrazón mastodóntica, con generaciones que en masa alardean del alarido de la síncope en la última danza sacra que celebra ahora, en la tierra de nadie, el acabóse del segundo milenio de la Era Cristiana, o lo que sea de lo que era.

Fue un día hermoso de esplendorosa luz cuya belleza se corporeizaba, cayendo con su tembloroso manto sobre cuerpos infantiles, supinos y sin sombra, bajo el insondable azul de cielos y soles de vivos y muertos. Estaba en un precioso lugar del Guadarrama, en el patio de un edificio de digna sillería granítica que, al ser de la misma roca, veo aquella construcción desde la resaca del tiempo semejante a unas caballerizas que hubieran podido pertenecer al Monasterio de Felipe II, para algunos la Octava Maravilla del Mundo. Pasados los años descubrí en el Museo del Prado que sí, que tuve el triste privilegio vivir, aunque fuera apesadumbrado, en uno de los paisajes que Velázquez iluminó en sus cuadros con la luz de su alma y la luz de su pincel.

Y, sin embargo, desventurada y negra era mi añoranza de aquella mi primera infancia que apenas tuve, ni siquiera adolescencia, si se entiende que en esas épocas de la vida no entran las responsabilidades ni fatigas propias de los adultos. Sólo nombrándolas, soñándolas en mis adentros, se me hace realidad apacible al recuperar por el sentimiento y el recuerdo cierta parte de la existencia, al modo en que se recrea o vive por transfiguración del ser cierta sensación de lo que fue y no fue, un tiempo deseado y no habido: el hogar del calor familiar que ha menester la criatura humana, tan necesitada en determinados momentos de afectos entrañables cuando la mano grande que acaricia es la protección y el cariño; la mirada, la ternura y el amparo; la voz

y la palabra, un canto de amor. Arrancado, privado de ese acunamiento mal podía alegrarme en la algarabía y juegos de los demás niños que enteramente desconocía. De ahí sin duda la aversión y huida de bullas y multitudes y, falto de tal experiencia y trato con los semejantes, la congénita y ulterior timidez. O simplemente porque se nace así, sin que haya lugar a intelectualización alguna.

Aunque a veces la ignorancia y la conveniencia la borren en el mapa de la historia, volverá esa memoria que es el reino de la vida. Y en ese antes que está ahí, al acecho del momento propicio, y que debió ser un nunca, pero que sigue siendo un antes, un ahora y un después presentes porque nunca faltan ni faltarán quienes reaviven la llama del odio y de antiguas querrelas para limpiar, en aras del poder, la herrumbre de guadañas sin nombre. Quienes han vivido la miseria y horror de las guerras sienten todavía la alegría que les infunde el estar vivo aquí, en un sosiego que desasosiega a los que claman por el desquite de injusticias que no sufrieron. ¿Es que habrá que acudir, hinchados de euforia pendenciera, a nuevos antagonismos fraticida para recuperar aquel aliento vital de la necesidad, de la miseria del crimen y de la muerte mediante. Dios mediante esperemos que no, que la España y la Europa desmemoriadas no vuelvan más allá de lo posible por sus fueros sangrientos.

Hay momentos de la eternidad que fugazmente reparan en el hombre. Pero antes es menester para ello fijar una belleza, intacta e inocente, con una luz especial que transfigure a las criaturas por ella creadas y salvadas de la nada, de un insondable y negro abismo. A medida que las tinieblas de la noche se retiran en las brumas del alba van apareciendo, despertando a la vida, las sombras luminosas y multiformes de la Naturaleza mineralizando y encarnando sus espíritus. Los cuerpos en seguida cobran calor y color: son seres que se sustentan entre sí

en la fijeza y el movimiento, en la multiplicidad de infinitas figuras matizadas de luz y sombra, confundiéndose unas, dispersándose otras, en una maravillosa sinfonía de tonos y tonalidades en un inusitado cántico al Universo. Por un instante diríase que anunciaran el Paraíso rompiendo albores en el ensueño que precede a la fatiga del nuevo día que despunta.

Amanecía así un día en la hermosa Sierra del Guadarrama donde yacía el Rubiales en el patio vallado del preventorio de la ciudad serrana. Así lo llamaban de pequeñito por lucir una cabellera áurea, espesa y rizada. Había nacido en un pueblecito al norte de Segovia, llamado Fuente el Olmo de Fuentidueña, a la vera de una zona de manantiales y una olma antiquísima, tal vez de cuando gentes de León colonizaron aquellas tierras hacia el siglo XII y que en un instante fundiría el rayo a poco de que yo la viera o recordara. A los cuatro años fui llevado de la mano de mis padres a la casa donde vivían mis tíos, Doña Araceli Alarcón Delgado y Don Blas Zambrano García de Carabantes, ambos maestros superiores con méritos excepcionales para ejercer su magisterio en la villa y corte de Madrid, en la plazuela del Conde de Barajas, número tres, en un palacete achaflanado y de estilo francés en el corazón del Madrid de los Austrias. Doña Araceli había indicado a su hermana menor Asunción, mi madre, su deseo de que deseaban tenerme con ellos en la capital «para sacar a aquel ángel de la acritud y la hosquedad del pueblo». Tal doña Araceli, la madre por antonomasia de toda una gran familia, pues que de todos se había ocupado, incluida su tía Asunción que me trajo a este mundo, y a quien tuvo en casa y dio estudios de maestra hasta que tomó posesión de una escuela en Santa Cruz de Mudela, pueblo que mi madre recordaría toda su vida como un paraíso.

Incontables años después, cuando el viejo tiempo ya gris del alucinante Siglo XX,

cansado ahora en el ocaso de su acabóse, cubría con lápidas marmóreas a los humanos que en sus inicios nacieron, hubo una dama, nacida en 1904 en Vélez Málaga, María Zambrano, a quien de niña llamaban la Pálida por la blanca tersura de su piel, y que, en un momento en que se sentía morir con su siglo, abandonada en la soledad de su desamparo e inextinguible exilio y, recordando a quien esto escribe, transfigurada invocó en su lamentación Diótima de Mantinea a aquella criatura que la llevaron: «llegó aquel niño rubio que un día se fue cuando dejó de serlo». Decían de ella que sus ojos eran grises, verdes, azules, según su estado de ánimo, sentir y pensamiento; según que ella mirara o fuera mirada, según las personas que se le acercaran, aunque era bastante miope, «para no ver la fealdad de ciertas cosas», decía.¹

Agua acerada caía sin pausas ocultando los cielos, empañando las cristaleras del preventivo, lavando los tejados, las peñas y los árboles, enlodando los caminos y encenagando las alcantarillas. No recuerdo cuando escampó. Sólo sé que reapareció el sol y su mortificación, es lo que suele ocurrir cuando a alguien embarga la pena. Las niñas, viéndome solo, a veces se me acercaban invitándome a que jugara con ellas. A decir verdad eran más delicadas, pues sencillamente me preguntaban si quería tomar el té con ellas, indicándome la cubertería y vajilla de juguete desplegada en una especie servilleta extendida sobre el césped y donde me ofrecían plato, mantel y mesa puesta. Ciertamente las cartas del juego estaban ya echadas con triunfos inapelables. Teníamos absolutamente prohibido beber agua, únicamente leche, pero las enfermeras les daban un poco de agua que hiciera las veces de té en sus diminutas tazas. Catar el agua era de lo más codiciado. Algunos chicos, envidiosos, la

tomaban luego conmigo, provocándome con toda clase de improprios, ademanes e insultos soeces que aprendían de los mayores.

Cierto día un niño me dijo que mi padre había estado casi todo el día anterior calándose bajo la lluvia tras una pequeña verja de una puerta lateral sin tejadillo en la valla, esperando verme pasar alguna vez a lo lejos por el patio de juego, pues que los mayores le habían prohibido que me viera por no ser día de visita. Me asombra de los adultos su incapacidad de comprender el inmenso sufrimiento de un niño en su soledad interior. Esa imagen de mi padre empapándose de agua y enfriándose, pegado todo el santo día a la reja con la esperanza de verme un instante, me acompañará de por vida, hasta que un día, ya juntos otra vez en la tumba del cementerio templario de nuestro pueblo natal, nos mojemos juntos bajo la lluvia celeste que anuda la vida y la muerte en nuestro paso por este planeta que nos es tan querido.

Se cernía, ciega y densa, una luminosidad solar de aciagos presagios. En la siesta, frente a la explanada, reposábamos en el orden inalterable de las hamacas, mirando al cielo inmóviles, yacentes de cúbito supino en mudez sepulcral, cual difuntos rescatados de un desastre sobrenatural. Hubiera preferido un día oscuro encapotado y plomizo; no soportaba los juegos en el patio después del sopor de largas horas sin fin en el absoluto silencio del estío. No podíamos hablar ni reír ni llorar ni proyectar nuestra sombra. Mi tristeza era notoria y algunas enfermeras me preguntaban que qué me pasaba, que qué me dolía. «Nada, no me pasa nada ni me duele nada», solía responder en una especie de

Notas:

¹ María Zambrano, *La Antígona. Diótima de Mantinea*, Litoral, Málaga, 1983, págs. 114 y 115. exit

exabrupto para que no me incordiaran. ¡Separarme de mis padres y encerrarme en aquella especie de triste palacio de luz, sol y piedra!...

Haciéndome así perdidizo me encontraba en algún rincón de los jardines cuando una tarde de aquel verano una joven enfermera de buen parecer, estilizada y elegante con su cofia y uniforme blancos, se me acercó un tanto enfadada y, al pronto, contenta de dar conmigo -seguramente había estado buscándome un buen rato- afable me tomó suavemente de la mano diciéndome: «Ven conmigo, tienes visita». No deja todavía de admirarme cómo hoy día se ignora intencionadamente la sana influencia que en los niños ejercen la educación, buenas maneras, distinción y palabra de los mayores. Al no ser día de visita pensé que sería prima María. En la noble escalinata de piedra, en el rellano del último escalón, sentada de perfil, apoyada en la balaustrada, con las piernas cruzadas, falda plisada y chaqueta gris de sastre, tocada de un sombrero de ancha ala graciosamente ladeado, estaba María Zambrano, estaba así, en su ser natural, igual que cuando la veía sola su habitación salón, cantando y quitando el polvo de los libros de la biblioteca, o leyendo, o pensando, con la mirada fija en un punto infinito del Universo. Pero esta vez era distinto. Estaba seria, hieráticamente seria. Ensimismada, fumaba apenas, con su larga boquilla de oscuro carey, un pitillo Camel. Un hilo de humo tenue se ondulaba exangüe en el ocaso denso e ingrávito del sol que precede al crepúsculo. Como no llevaba lentes - nunca los llevó- no me vio hasta que estuve quedo a su vera a cierta distancia. Debía parecerme a un niño cursi que tieso espera al chófer de un Rolls-Roys.

A distintos niveles de la escalinata, acompañaban a María dos o tres caballeros bien vestido, el más cercano, inclinado hacia ella y apoyándose con la mano en la rodilla por el desnivel, al parecer quería hablarle, pero no encontraba ni el momento, ni la voz ni la palabra.

Aunque tales caballeros a veces tenían las manos en los bolsillos, en el mentón o alisándose el cabello, no se movían del sitio. Serios, preocupados, cariacontecidos, enigmáticos y cabizbajos, la miraban. Es asombroso cómo la memoria guarda, en el fondo de su baúl de nebulosas telarañas antiguas, imágenes que producen las mismas sensaciones que una de esas fotos añosas olvidadas por el tiempo. Aquel silencio y aire, fino y sutil, eran tan densos que podían cortarse con un cuchillo. En un momento dado María reparó en mí y me hizo seña de que me acercase. No era ella ciertamente amiga de besuqueos ni carantoñas hipócritas; sin embargo, cerca de ella se sentía, eso sí, una inmensa ternura. Cuando me tuvo a su lado me dijo que me sentara junta a ella al mismo tiempo que daba levemente unas palmaditas delicadas en el suelo, como si la piedra fuera un animal manso. Me preguntó cómo estaba. La miré triste y callado. Insistió y le dije que sí, que estaba bien. Lo que no le dije fue que me llevara a casa. Se puso un poco nerviosa y tomó el bolso de mano para buscar alguna chuchería que darme. Me ofreció varias cosas: una agenda de piel, un pañuelito de seda, una cajita; yo decía que no y ella busca que rebusca. Al fin encontró un lapicerito fino que acepté dándole las gracias. Lo que yo no quería era estar allí. Ya se hacía tarde y vino la misma enfermera a recogerme. María me dio un beso en la mejilla y yo se lo devolví. Un delicado perfume me envolvió. Nos dijimos adiós antes de que se nos saltaran las lágrimas.

En la calle, junto a la acera había estacionado un coche negro que les esperaba para regresar a Madrid.

Inmerso en mis recuerdos, otra vez sentía la pesadumbre del mediodía. Me había traído allí el primo Carlos -familiarmente Carlitos- director de todos los dispensarios antituberculosos de España. Era gran amigo de las hermanas Zambrano cuando el bacilo de Kock se cebó en

ellas. Para curarlas se especializó en fisiología y luego se casó con prima Araceli, la hermana menor. En casa a veces me daba un duro de plata que yo no aceptaba pero que él me lo ponía en la mano cerrándomela. A mí me parecía un talismán que todo lo podía y lo guardaba para mis padres. En la quietud de las noches y en el largo reposar del día caía en un estado de somnolencia donde bullían los sentires del hogar, su calor y sus vivencias. Después de comer, en el letargo de la horas interminables de reposo me ilusionó la idea de que mi padre venía volando a por mí en un avión de plata refulgente que aterrizaba en la para mi triste explanada de juegos. Me recogía delante de todos y, dejándoles con un palmo de narices, levantaba el vuelo llevándome a los altos cielos en aras de los lares que me vieron nacer. Me regodeaba en esta ilusión cuando me pareció oír en la alta lejanía el zumbido del motor de una avioneta. Abrí los ojos y, efectivamente, vi algo de reluciente plata que planeaba bajo el sol. Era verdad, un aeroplano empezó a evolucionar, bajando hacia nosotros, circunvalando sobre el sanatorio. Descendió tanto que parecía que iba a aterrizar en la explanada. Ya se podía ver incluso a los dos aviadores en sus carlingas pertrechados con fascinantes gafas antifaz de pilotaje y negras cazadoras de cuero resplandeciente como botas de charol, luciendo cierto poder. Estaban sobre nuestras cabeza y nadie pudo contener ya la algarabía y alboroto de la chiquillería saltando a un tiempo de sus tumbonas, alborozada e invadiendo el solar y arrollando a las dos o tres enfermeras que querían mantener su autoridad vociferando. La gritería colmó el apogeo de la alegría cuando vieron que los aviadores tiraban regalos a los niños que les vitoreaban con sus pañuelos. Desde arriba nos hicieron un gesto de saludo. Remontaba el avión cuando abajo explotaban las bombas. Me viene a la mente el dolor del poeta César Vallejo en el capítulo XV de su «España, aparta de mí ese cáliz»: «Niños del mundo, si cae España, ... digo, -es un decir- si la madre España cae, digo, -es un decir- salid niños

del mundo, id a buscarla». Ninguno fue a buscarla porque cayeron los pequeños y los mayores, la historia y el mundo. Calló la voz y la palabra. Hablaron las pistolas y tronaron todos los cañones del mundo.

En el lugar del espanto sólo sentí cierta mudez. Los gritos ahora eran de dolor y llanto en el horror. Todo el personal del preventorio, sanitario o no, apareció al momento en la explanada.

«¡Son los rojos, son los rojos, sólo ellos pueden hacer esto!» increpaban médicos y enfermeras.

Para protegernos nos llevaron en tropel al interior del edificio principal y nos apiñaron contra los rincones de los muros más sólidos para estar más seguros y recogidos. No sé cómo ni cuándo en un santiamén habían dibujado en el patio con pintura y arena rojas una inmensa estrella de cinco puntas con la hoz y el martillo para que no siguieran bombardeando. Pero las andanadas arreciaban con todo su artificio, esta vez sobre los dormitorios y enfermerías. Acto seguido borraron en otro santiamén la estrella y el martillo y cubrieron los tejados de sábanas blancas y una bandera de la Cruz Roja para indicar que eran edificios hospitalarios. Daba igual, bueno igual no porque las explosiones se acrecían en su euforia.

«¡Fascistas tenían que ser!», decían ahora en la confusión, confusión inconfesable de la verdad y la mentira infundiendo odios sociales en los que cunde el crimen contra el indefenso. No era ni desastre, ni tragedia ni crimen porque era, es y será algo que no tiene nombre.

En este trance me acordé que arriba en los pabellones dormitorio tenía algunos objetos queridos que quería recuperar: un tebeo en colores, «El Aventurero», que todas las semanas me enviaba mi padre por correo y que todavía no le

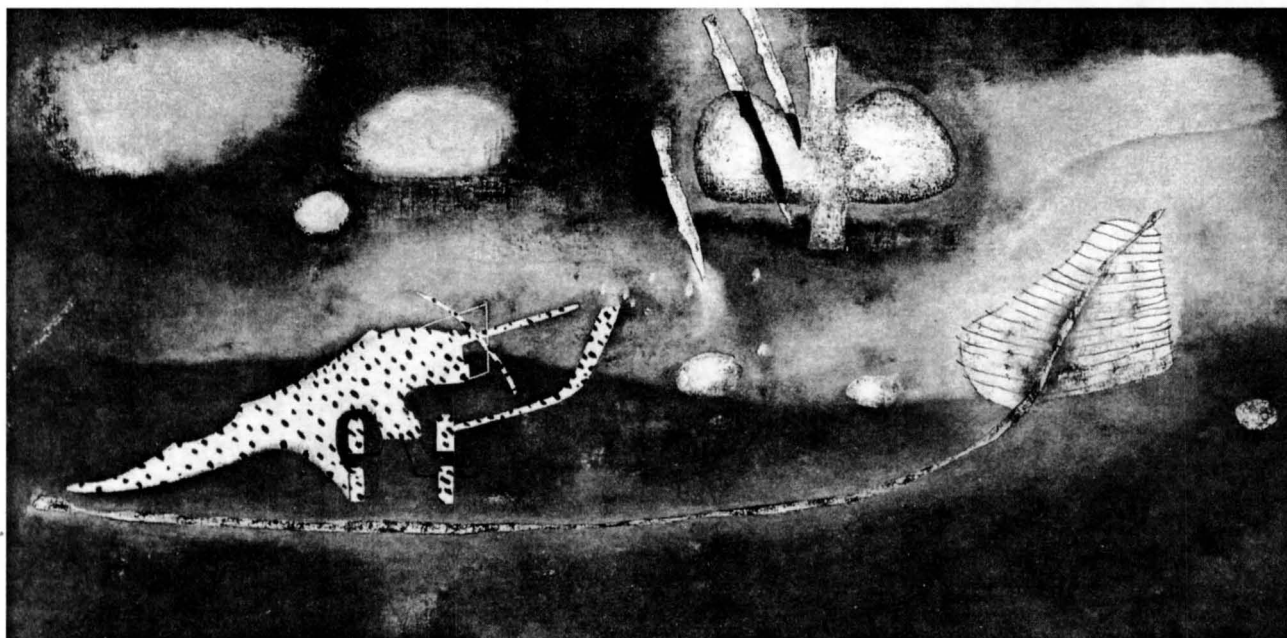
había quitado la banda con la dirección, y una especie de postal plegable en dos dimensiones, en los que figuraba, en el primer plano, una ventana con la silueta negra de un gato sentado en el alféizar y, en segundo, el plenilunio de una noche estrellada. Eran para mí el símbolo íntimo de la libertad y la belleza. Los acababa de recibir y daría la vida por no perderlos, cosas del cariño que incluso también les pasa a los mayores. Pronto aparece en la criatura humana el espíritu heroico cuando existe el amor. En aquel maremágnum de voces, vaivenes, subidas, bajadas y corridas, vueltas y revueltas; nadie notaría mi falta. Serenamente me fui hacia la escalera de piedra que subía a los dormitorios. Nunca había estado allí solo. Sentí el silencio de una soledad y espacio insondables, uno de esos momentos en que la paz, la vida y la muerte nos visitan anunciándonos algo mejor en el vórtice de un infierno. Era, sí, un silencio y soledad absolutamente míos en el que solía encerrarme entre la gritería y alboroto ajenos. Allí estaba mi cama, con almohadas y sábanas de una blancura inmaculada, en una cama hecha con la perfección que denota todo trabajo bien hecho por manos sabias que, satisfechas, amoldan al lecho con amor y blandas manos, acariciándolas para estirarlas sin que se advierta el mínimo pliegue, las ropas del dulce durmiente a quien ni siquiera conocen, como si de un rito se tratara, para la primera o la última noche. Allí estaban también los pañuelos, el pijama, las mudas recién planchadas, todo impecable. Porque las cosas que se hacen con el corazón y las manos están ahí, abrigan sentimientos y nos esperan siempre animados, cual animales amados. Era la cama que me había anidado y arrullado -un lugar que me soñaba- y yo soñaba en ella mi vida no habida. Era también el momento del último adiós. Ella, vestida y sin novio, y yo me miré en el taparrabos, en cueros, y la realidad me despertó de mi ensueño, y sentí cierta pena, algo del humano existir había acabado y algo peor se avecinaba y nos sorprendía en la intemperie. Un orden, un orbe natural que en

ese momento me era grato se rompía precipitadamente por una violencia no querida. Allí yo ya no volvería.

Al fondo había como un derrumbamiento y un agujero en el techo. Lo había mirado por un momento, pero no lo había visto, no me daba cuenta. Me encontraba bien, hubiera querido quedarme allí, estaba a gusto. Buen lugar para dormir y para morir. En la mesilla estaba «El Aventurero», con la dirección. Recuerdo que la primera vez vi mi nombre impreso me embargó una gran emoción y me sentí inmortal. Y sin embargo... no sabía leer, pero mi nombre estaba allí, eso sí que lo sabía. Yo ya era alguien que podía ser un héroe, aunque fuera en sueños, merecedor de la vida y, por ende, de la muerte. Seguía las aventuras de Flash Gordon. En el número semanal anterior había quedado en un premonitorio «Continuará», con mi paladín favorito subiendo por un altísimo mástil de cuya punta se tendía una cuerda hasta otro poste paralelo por el que ascendía el adversario. Parece ser que el adversario sea siempre el malo sin más. Pero, al parecer, hay quien nunca se equivoca. Es el más temible. Son los más temibles porque suele ocurrir en ambas partes, y... entonces no hay solución en el reino de la confusión.

Allá arriba, sobre la cuerda floja, iban a afrontarse, con sus inmensas y fulgurantes espaldas y sobre un lago de elevadas llamas. En este número que me llevaba estarían ya en combate. Así nos lo narra la leyenda el tebeo de aquel día de la segunda semana de julio: «En un silencio de muerte dos figuras se acercan desde lados opuestos de la arena y trepan a la alta cuerda del cielo sobre las llamas. Es el combate final del gran torneo de la muerte.» Abrí el cajón de la mesilla y recogí la postal plegada y nada más. Estaba en bañador, era la única prenda que llevaríamos, el taparrabos, durante los veranos, al aire libre todo el santo día, era también todo nues-

Aurora



José Luis Aguiló
El gato y la luna, 1993

tro bagaje cuando nos evacuaron. Debía bajar y juntarme con los demás, donde estaba mi puesto en ese momento. No era ni heroísmo ni obediencia; era simplemente lo que me tocaba por el momento. Bajaría a donde estaban los demás, había que correr la misma suerte aunque me molestaba la algarada de las multitudes. Tal vez fuera por mi timidez y, como suele ocurrir con los tímidos, también era temerario. No entendía, no lo entiendo todavía, lo que era y es la propia muerte, pero sí me siento morir un poco cada día en los seres amados. Por momentos también en la mirada de alguna persona o animal desconocidos, o la percepción de cuando algo de valor desaparece en nuestro mundo, un mundo grande en el que no acertamos a caber. Puede que sea esa la manera que en mí se dé el sentirla. Al dejar lo que había sido estancia acogedora: la noche y la región misteriosa de los sueños, mi mundo, quise que mis ojos lo contemplaran en un adiós un tanto melancólico e irrevocable. Fue un sentir extraño: me pareció ser a mi vez contempla-

do por algo viviente que también se iba y que nos mirábamos, quien sabe si era el alma de todo lo sufrido, de toda la esperanza vivida y soñada, o el alma de las cosas, que ellas también guardan nuestra memoria y nuestro amor. De todos modos era una quiebra geológica del espíritu humano que convulsionaría a todo el orbe. Son esos momentos de la desgracia en que la ternura de algo que solía pasar inadvertido nos consuela. Al bajar por la escalera noté un olor especial raro. Luego sabría que su origen era el de carne humana quemada. Despacio y sigiloso descendía el último tramo cuando vi a una enfermera que venía corriendo hacia mí despavorida. Me cogió colérica los brazos y me zarandeó gritando «¿Qué haces aquí, de dónde sales? ¡Contéstame, por amor de Dios! ¿Estás mudo, qué te pasa?» Había temido por mi vida y estaba enfadada. Eso sí que lo entendía. Acto seguido, me llevó a toda prisa a la enfermería. «Doctor este niño ha perdido el habla». El médico me examinó e hizo todo lo que suelen hacer en los primeros auxilios:

los ojos, la boca, los pulmones, etc. «¿Estás mudo?. Dí ¡ah, aah, aaah!». Yo repetí «¡AH, AAH, AAAH.»! Y él, con cierto reproche: «¡Por qué no hablas!» Tranquilo le respondí: «Para lo que estoy viendo más vale no hablar».

En éstas estábamos cuando llegó otra joven enfermera que llevó aparte al médico para decirle algo. Creo que le llamaron de casa, seguramente mi primo Carlos, Director del dispensario. Esta vez no me llevaron con los demás niños. Debí pasar cierto tiempo cuando salimos a la calle y subimos a un coche negro que me pareció recordar el auto negro que hacía unos días había traído a María Zambrano cuando vino a verme al preventorio con sus compañeros de universidad. El sol se escondía avergonzado detrás de la Sierra del Guadarrama cuando bajábamos la montaña camino de Madrid. A indicación del chófer nos agachábamos su acompañante de delante y yo que iba detrás; insistía en que no nos vieran las cabezas, por miedo a que nos dispararan, supongo. Estando yo dormido debimos de haber hecho un alto en el camino hasta llegada la noche para refugiarnos en algún sitio, pues que sería cerca de medianoche cuando debieron de despertarme para subir a casa de María en Madrid. Todavía sigo adormeciéndome cuando en auto me traen por esos parajes a la capital. Estaba en casa reunida toda la gran familia. ¡Cómo cabía imaginar que era la última vez que todos estábamos reunidos y que la mayor parte de nosotros nunca más volveríamos a vernos por destierros, fusilamientos y muertes naturales. Durante toda la tarde y parte de la noche habían estado pegados a la radio porque iban retransmitiendo los nombres de los niños que iban llegando en autobuses del preventorio de Guadarrama.. Mi hermano Isaias, que estaba entonces conmigo en el dispensario, llegó de los primeros a casa, pero de mí no sabían nada.

Terminaba aquel día 18 de Julio de 1936 en el triste silencio de la palabra enmudece en lo

más profundo del alma, cuando sólo ha lugar el grito enfurecido y ciego del dolor y del odio que desembocan en funesto desenlace. Entonces y después, quizás siglos después -si es que la confusión no se acaba- la palabra callada y en paz de la escritura sea nuestra confesión en la Historia.

Por la raya del éxodo

Cuando Araceli nació en Segovia siete años después que María, un día antes del mismo mes, en 1911, tal advenimiento después de un lapso tan largo, fue para ella -según sus propias palabras- el mejor y más feliz regalo de su vida, habiendo vivido con ella siempre, salvo algunos años del temprano matrimonio de Araceli y los años de la guerra civil y mundial. Para ella fue hasta su muerte la persona más querida y mencionada. No es de extrañar que pasaran juntas también al exilio aquella tarde del 28 de enero de 1939. Años después, ya sin su hermana, escribiría a su amigo poeta Simons el 22 de abril de 1977: «Tal día como hoy nací en este planeta... Abismada en el examen de una maleta llena de papeles que habíamos visto juntos en aquella rebusca, acababa de saltar entre ellos una fotografía de Araceli en la raya del exilio, junto con Rafael pequeñito y el hermano mayor, y un muchacho inocente y bello a cuyo padre tan atroz destino amenazaba. El y Ara sonríen inocentes. La creía perdida irremisiblemente. Después fueron apareciendo, y antes otros papeles y sobres con cartas que no creía perdidas pero que me impresionaron inmensamente. Quería acabar pronto para escribir en un hoja, puesta en la máquina, de Notas de un Método, esto: «La razón se oye. Suena, antes de ser entendida penetra por el oído total. Sonó el teléfono, y eras tú. Hubiera yo querido dejar los papeles, mas ya no era posible el abandono y sabía además que ven-

dría Rafael y que su visita me cortaría de escribirte.»²

A punto de terminar la guerra civil en 1939 nos hizo la foto el chófer que nos había traído en auto desde, La Junquera al exilio, hasta esta otra parte del Pirineo francés, donde vinimos a parar a un pueblecito llamado Salses, en el confín de lo que fuera la Marca Hispánica, de la cual nació Condado de Barcelona, según las crónicas de entonces. Allí construyó Carlos I de España y V de Alemania un singular castillo fortaleza tal vez único en el mundo. Nos fotografió frente a la verja de un hotelito que tenía escritas hasta hace poco en la fachada y en grandes letras mayúscula azules «Hotel du Tourisme».

Hacía poco que habíamos dejado Barcelona sin preparativo alguno de viaje. Pero esta vez no era para ir a buscar algo en los pueblos cercanos que pudiéramos comprar para comer y que solía alegrarme tanto, eso de que me pasearan en auto. «Rafaelito, no cojas nada, no podemos llevar nada». La palabra escueta, la gravedad de la voz definían de por sí la situación. No había habido revuelo ni alboroto, como ocurría en los bombardeos habituales, más que nada porque cuando las sirenas de alarma gemían tristes en la ciudad en seguida los vecinos de arriba venían a nuestro piso, al propio tiempo que los de abajo subían, en vez de bajar a los sótanos del edificio que servían de refugio para toda la manzana. El vestíbulo era un gran salón y había que llevar apresuradamente las sillas que se iban arrojando a las paredes para los que iban entrando. Entonces doña Araceli, impedida como estaba, salía a recibir, con la serena solemnidad que la caracterizaba, a quienes venían buscando refugio y sosiego para su zozobra. Sólo las palabras de

bienvenida: «Pasen», «Gracias», «Tomen asiento». Las sillas, labradas de noble madera y elegancia austera se adosaban a los muros del amplio zaguán a medida que se iban ocupando. Vecinos y extraños se acomodaban a un lado y a otro de la butaca de doña Araceli porque a su lado se sentían seguros y apaciguados, decían. Cuando por momentos cesaban las explosiones y sus trepidaciones, se percibía y oía el silencio y su liturgia en aquella especie de claustro. En la distancia, el tiempo y la memoria se agrandan a la majestuosa sombra de los seres queridos aquí y en el más allá. Recuerdo, así, a doña Araceli reflexiva, allí en su butaca como una diosa antigua que me trae a la mente «La Dama Ibérica».

Al cerrar la pesada puerta del piso de María donde habíamos vivido durante tres años sentimos que aquella morada-tumba exhalaba el aliento último del vacío. Abajo, en el portal, nos esperaban en digna fila los porteros y otras personas que no reconocíamos para ofrendarnos el adiós de despedida. Ya en la calle y acera nos esperaban los demás, al lado de un Hispano-Suiza negro. María y Araceli ayudaron a su madre a acomodarse entre las dos en el asiento posterior. Unas semanas antes, este auto, que me era tan familiar, había abierto el gran cortejo que seguía al coche fúnebre engalanado de coronas y flores que portaba el féretro de don Blas Zambrano camino del cementerio de las Corts.

Ahora éramos nosotros los que en el mismo vehículo seguiríamos a la inmensa procesión bíblica de un éxodo que con sus cuerpos, bajo el frío el hambre y la lluvia, llevaba a enterrar la Segunda República Española en los confines de sus fronteras. Sí, don Blas, socráticamente, prefirió morir a exiliarse en el horror. La conflagración no terminaría en España sino que

Notas:

² Correspondencia. María Zambrano/Edison Simons, Alcalá de Henares: Fugaz Ediciones, 1995, pág. 49.

prendería una hoguera aventada por fríos invernales y que envolvería a todo el orbe. Lejos estaba ya la «belle époque» cuando María Zambrano Zambrano afrontó, primero con amor y esperanza la crisis de la Historia; luego lo haría con serenidad senequista sin dejar de padecerla. «Suele ocurrir que lo que pasa en España trasciende allende sus fronteras», me diría un día. Son las grandes tragedias de la Humanidad que, a modo de catástrofes naturales, se propagan sin límite. También su transición de la dictadura a una democracia genuina ha servido ejemplarmente para otros países.

María se lamenta retro trayéndose a aquel entonces de la incipiente República, es decir, anterior al gran interregno y escribe: «El paréntesis de la Restauración debería cerrarse para que España se abriera enteramente al aire libre de una historia renovada. Llegaba la hora de que se vertiera en historia a la profunda renovación, más bien a un renacer. Una monarquía flexible, viviente, cifra de la realidad nacional, hubiera podido seguir. Más que de revolución se trataba de una necesidad natural en ciertos cambios, lo contrario a lo violento.»³ El auge del totalitarismo pujante y beligerante daría al traste con toda naturalidad histórica y sus planteamientos. Cuarenta largos años estuvo el pueblo español esperando, paciente y activamente a que se produjera tal evento.

Lejos, infinitamente lejos, estaba ya también aquella casa de María Zambrano en el piso principal del antiguo número 600 de la Diagonal de Barcelona. Cuánta alegría, cuánto sufrimiento; tanta vida, amor tanto, sepultados

por las guerras de inmemorial memoria. Figueras, la Junquera, le Perthus... nombres homéricos se me figuran en la hora de aquel trance, espejo transparente de la casi radical tragedia de España en su historia. Años después escribiría ella un tanto afligida: «Bajo esa misma sombría luz íbamos camino de la frontera quienes la habíamos servido (España); entre todos, juntamente con todos, bajo un cielo impenetrable, sintiendo que la tierra nos abandonaba, ya que no podía seguirnos. Sólo de ella podíamos llevarnos el aliento, el espíritu. Su cuerpo quedaba allí herido.»

Evidentemente era también una alegoría al último número de la revista «Hora de España XXIII», preparada por ella y que, habiendo salido de la imprenta el día antes, quedaba encerrada, enterrada para siempre, al igual que su padre, pocos meses antes, sepultado en el cementerio Las Corts. En esa publicación estaba lo último escrito por don Antonio Machado in memoriam de Don Blas Zambrano en su Mairena Póstumo. En este sentido nos dirá María: «La muerte del padre recogida por el poeta tiene sentido universal».⁴

Próximos ya a la frontera, las dos hermanas se apeaban del coche de vez en cuando para andar junto a los demás en su común aliento, entre la multitud. Una vez María bajó sola del automóvil, pocos metros antes de llegar a la tierra de nadie entrabas fronteras, antes de entrar en tierras de Francia. Portaba discretamente un ramillete de espigas que las mujeres de Santiago de Chile le habían entregado como ofrenda emblemática. Se abría un claro de sol sobre la tierra húmeda. Como pudo desgranó aquel ramo sagrado de los antípodas que también tenían

Notas:

³ María Zambrano, *Delirio y Destino*, S.A., Madrid, 1989, págs. 91 y ss.

⁴ María Zambrano, Introducción a «Hora de España XXIII».

Aurora

nuestra lengua y nuestra sangre y las enterró, en un apartado lugar de la cuneta, en la esperanza de que algún día germinara la democracia, la paz y la armonía entre los españoles, sin muertos ni mártires. Cuando volvió había adelgazado mucho la columna. «Era estrecho el sitio por donde había que pasar la frontera, sin puerta alguna, era estrecho y de uno en uno había que pasarlo».

Al otro lado de los altos Pirineos la muchedumbre se extendía como el mar. Traían hambre de días, algunos tal vez de siglos. Otro hecho cuasi religioso, es esta poética descripción de María: «Delante de mí descubrí en un instante, como si llegara de algún remoto y nunca visto lugar, un hombre, campesino o no, un hombre llevando sobre sus espaldas un cordero blanco del que se sentía el aliento, y la mirada sobre el rostro de quien le seguía, por un breve instante. Mas miraba a todo lo que atrás venía con un reflejo de misericordia, y el horizonte que quedaba y la tierra apenas visible. Miraba y se miraba. El podía mirar en aquella procesión, no muchas más horas sin duda, antes de convertirse en alimento». ⁵ Llegaron los gendarmes con grandes canastas llenas de trozos de pan. Las llevaban en alto para protegerse del arrebato. En un momento dado pensaron que lo más eficaz era lanzar los panes al aire seguros que no tocaría tierra ni una sola miga, y a sabiendas de que la distribución ordenada era imposible. Claro está que dentro del coche no caería el maná. Alguien cerca del auto logró cazar al vuelo uno de aquellos anhelados trozos. Sin duda alguna se lo iba a llevar a la boca cuando vio que a los que estábamos en el Hispano-Suiza no nos llegaba nada. Con cierta timidez se acercó a nosotros y nos lo ofreció por la ventanilla. Parecía un ser legendario, sin edad, y una gran ternura. María, muy

azorada, no se consideraba digna, dijo algo dándole a entender que no podía aceptar. Hubo también un tanto de turbación por parte de él, pero al punto doña Araceli tendió con delicadeza su mano, y tomó el pan con un «Dios se lo pague, señor»; me lo dio a mí y, en silencio, lo repartimos tocando un piquito a cada uno.

Era el otro polo del silencio, el silencio sacro de la Comunión, la comunicación y el reparto de la palabra y el pan en la paz de todos. La más hermosa de las utopías, que por momentos se nos hace realidad en nuestras instituciones democráticas. Es nuestra esperanza seguir sosteniendo esa realidad por mucho que el humano comportamiento la ponga a prueba cada día.

Notas:

⁵ María Zambrano, op.cit.